

## Madinat al-Zahra en los autores árabes

POR

ROSARIO CASTEJON

Cuando el poeta Sumaysir, a fines del siglo XI, llega a Madinat al-Zahra, se detiene en ella, según nos cuenta en una de sus poesías (1) y después de meditar y llorar amargamente en sus ruinas, le dice lleno de nostalgia:

..... ¡Oh Zahra, vuelve a ser!

*pero ella contesta: ¿vuelve acaso quien ha muerto?*

También hoy, quien visita las excavaciones realizadas en Madinat al-Zahra, y ve a través de ellas la maravillosa ciudad que fué, por la amplitud de sus dimensiones, su ingenioso emplazamiento en las faldas del monte, que permite dominar el bello paisaje de la llanura con el Guadalquivir y Córdoba, y la riqueza de sus piedras y mármoles finamente tallados, comprende el sentir de Sumaysir y desea saber cómo fué realmente esta ciudad, sede del califato cordobés en la época de su mayor esplendor, eclipsada poco después por su rival al-Zahira, saqueada, incendiada, destruída y finalmente, olvidada de todos, oculta durante siglos bajo la tierra del monte que en otro tiempo al-Nasir hizo plantar de almendros y de higueras (2) para que sirviera de marco a su belleza.

Son, indudablemente, los cronistas e historiadores árabes quienes mejor nos pueden informar, a pesar de los errores y exageraciones de algunos de ellos, de las causas que indujeron al califa al-Nasir a fundarla, de las grandes sumas que gastó en su edificación, de la cantidad y calidad de los materiales que en ella se emplearon, de quiénes y cuántos fueron los artistas y operarios que allí trabajaron y de cómo no se había construído antes que ella ni podría construirse después otra ciudad tan admirable (3). Nos describen su aljama, sus palacios, salones, jardines y fuentes; las fiestas y recepciones que allí se celebraron; las embajadas y huéspedes reales que se recibieron; nos informan de los servidores y abastecimientos del alcázar, de las personalidades que la habitaron y también de sus vicisitudes

y de su destrucción. Más tarde hay referencias de sus ruinas, que son visitadas para recordar en ellas el pasado esplendor y meditar sobre lo efímero de los bienes terrenales (4).

De los autores árabes que nos hablan de Madinat al-Zahra, es Maqqari, aunque de fecha más tardía (m 1632) y quizás precisamente por eso, quien recoge más datos sobre la construcción y la descripción de sus edificios y también de los acontecimientos que tuvieron lugar en ella. Tiene además, el gran interés de proporcionarnos las informaciones de autores como Ibn Hayyan (5) (987-1070), cuya obra está casi totalmente perdida y la parte conservada que podría utilizarse, todavía pendiente de publicación. Nos dá también noticias de Ibu al-Faradi (6) (962-1013), al Hiyari (7) (1106-1155), Ibn Sa'id al-Magribi (8) (m. 1274), etc.

He utilizado de «al-Nafh al-Tib» de al-Maqqari, las «Analectes» editadas por Dozy (9), aunque confrontando los textos con los de la edición de El Cairo (10). También en su libro «Azhar al-Riyad» tiene Maqqari numerosos datos sobre al Zahra (11), pero la mayoría repetidos en «Nafh al-Tib». En los autores que cita y cuyas obras ya están publicadas, como Ibn Jaqan, Ibn Jallikan, Ibn Jaldun, al Nubahi, etcétera, he confrontado los datos, anotando las variantes. Hay otros autores a los que indudablemente copia, de una manera más o menos directa, sin citarlos, como Ibn Idari, aunque pudiera ser que los dos tuvieran una fuente común que desconozco. En este caso me limito a indicar la semejanza entre uno y otro texto.

Ibn Sa'id al Magribi consagra por entero a al-Zahra uno de los cinco libros dedicados a la qura de Córdoba, en la parte relativa al occidente de la península, de «al-Mugrib fi hula al-Magreb» (12). Además de citar composiciones poéticas en que se menciona al-Zahra, como la bellísima qasida en qa dirigida por Ibn Zaydum a Wallada (13), escribe las biografías de al-Nasir, al-Mustansir y otros personajes relevantes que vivieron en su época, con abundancia de anécdotas y poesías. Sin embargo he encontrado en él pocas noticias aprovechables para mi propósito.

Otros autores como Ibn 'Arabi (XII-XIII), Idrisi (siglo XII) al que siguen Himyari y 'Umari, Ibn Idari (siglo XIII), Nuwayri (XIII-XIV), Ibn al-Jatib (siglo XIV), etc., confirman las noticias encontradas en los anteriores o añaden otras nuevas y a veces contradictorias.

Para la relación de los personajes ilustres que vivieron en al-Zahra, me he valido de los tratados biográficos de al-Jusani, Ibn al-

Faradi, Sa 'id de Toledo, Ibn al-Jair, Ibn Baskuwwal, al-Dabbi, Ibn al-Abbar, Ibn al-Usaybiya, al-Nubahi, etc.

He traído aquí textos de Ibn Hayyan, Mahalli, 'Umari y otros de los que solo está publicada su traducción y finalmente tampoco he querido prescindir de al-Dimisqi y del autor de «Manahy», al-Fikariy, a pesar de sus errores.

## I. FUNDACIÓN DE MADINAT AL-ZAHRA

### 1. Causas

Después de 25 años de gobierno, en los que Abd al-Rahman III al-Nasir consigue dominar todos los focos de rebeldía en al-Andalus y asegurar sus fronteras, dirige la atención a edificar sus alcázares, de igual manera que habían hecho sus antepasados los emires Muhammad, Abd al-Rahman al-Awsat y al-Hakam y construye en Córdoba junto a al-Zahir, su gran alcázar que llamó Dar al-Rawda; más tarde la Munya al-Naura, fuera del recinto del alcázar, como lugar de recreo y finalmente funda Madinat al-Zahra, para residencia suya y sede de su reino (14). Le lleva a esto en primer lugar, su gran afición a las edificaciones (15) por las que se siente absorbido de tal manera que incluso llega a faltar tres viernes consecutivos a la Aljama (16); también la creencia de que la importancia de los reyes se mide según la categoría de sus construcciones, por lo que se le han atribuído los siguientes versos:

(Kamil)

*Cuando los reyes quieren que se hable en la posteridad  
de sus altos designios, ha de ser con la lengua de las  
(construcciones.*

*¿No ves como han permanecido las pirámides y a cuantos  
reyes los borraron las vicisitudes de los tiempos?*

*Ciertamente, si se eleva el valor de la construcción  
ésta permanecerá simbolizando la grandeza del poder (17).*

Creemos que son estas dos las causas principales que llevaron a Abd al-Rahman III a la fundación de al-Zahra, además de que el alcázar de Córdoba sería ya insuficiente para dar cabida a todos los organismos de su gobierno e incapaz de mayores ampliaciones. Abd al-Rahman al-Nasir, en la cúspide de su poder, necesitaba un amplio campo, que no le impusiera limitaciones donde construir una



ciudad, capital del Califato, que asombrara a sus súbditos y deslumbrase a los enviados de las demás naciones.

Señalamos aquí también, por ser casi tradicional, la causa que indicó a Ibn al-Arabi cierto doctor de Córdoba (18). Esta es que al morir una de las concubinas de al-Nasir, dejó a éste una gran cantidad de dinero, con el fin de que fuesen redimidos los cautivos musulmanes; pero después de indagar en los reinos cristianos, no fué hallado ninguno, por lo que al-Nasir dió gracias a Allah. Le pidió entonces la yariya al-Zahra, (muchacha del harem y servidumbre del Califa) a la que Abd al-Rahman amaba apasionadamente, que edificase con aquel dinero una ciudad que llevase su nombre y fuera especialmente para ella.

No he encontrado otra referencia de esta yariya, y creo más bien que la favorita de al-Nasir no fué al-Zahra, sino Madinat al-Zahra, a la que consagró su tiempo, sus riquezas y su cariño. Esta palabra Zahra, femenino de azhar, nombre de color, significa «la de blancura deslumbrante», un significado semejante al de al-Zahira, que tiene su misma raíz, sin que haya habido necesidad para explicar este nombre, de inventar otra historia referente a una yariya al-Zahira. Repetidamente se citan juntas estas dos ciudades con los nombres de al-Zahra y al-Zahira, sin anteponerles la palabra madina (19), y casi constantemente para designar a Madinat al-Zahra se omite también la palabra madina, lo que sería muy difícil si estuviera construída con al-Zahra.

Recuerdo aquí como nota curiosa que al-Zahra tiene la misma forma —nombre de color, femenino— que la Alhambra de los Nasaries de Granada.

## 2. Emplazamiento de la ciudad

El emplazamiento de al-Zahra, indiscutible hoy merced a las excavaciones, lo dan los historiadores y geógrafos árabes al occidente de Córdoba (20), en las faldas del monte (21) cuyo nombre Yabal al-Arus, precisa Ibn al-Arabi (22), a la vez que indica que la ciudad estaba situada entre el monte y la llanura, al Sur de aquel y al Norte de Córdoba (22). Sin embargo en la distancia que la separa de Córdoba hay una diversidad en los textos; Idrisi (23), al-Himyari (24), y al-Umari (25), hablan de cinco millas de distancia; Ibn Jallikan (26) se aproxima a ellos con cuatro millas y dos tercios, y Nu-

wayri (27) con Ibn al Arabi (28) dan la distancia de tres millas. Pertenecía a la provincia (iqlim) de la Kanbaniya (Campiña) (29)

Da Ibn Hayyan (30) como fecha del comienzo de la construcción de al-Zahra, el 1 de Muharram del año 325 (=19 de Noviembre de 936), dato procedente de Maslama b. Abd Allah, arquitecto jefe de las obras, a través del faqui Ibn Dahim. Todos los demás autores que he consultado están acordes con él (31).

### 3. Duración de las obras

Desde esta fecha se continúan los trabajos en ella durante la vida de al-Nasir, 25 años (32) más los 15 del califato de al-Hakam (33). Esto no quiere decir que se hiciese con lentitud, pues en la aljama, de cuya amplitud y sólida construcción hablaré más tarde, emplearon solamente 48 días, en los cuales la terminaron por completo con todos sus detalles (34). Nuwayri afirma que la edificación de al-Zahra duró solo 12 años (35), pero creo más acertada la noticia anterior, aunque es posible que este autor se refiera tan sólo al núcleo principal de los alcázares, en cuyo caso, también él estaría en lo cierto.

### 4. Dirección y personal que trabajó en ella

Aunque al-Nasir dedicase gran parte de su tiempo a dirigir las obras en al-Zahra, como obligatoriamente tenía que abandonarlas para atender a otras necesidades de su reino, le confía la alta dirección de las mismas a su hijo al-Hakam, pues no tuvo confianza en ningún otro para encomendarle esta misión. (36).

He oído decir y he leído repetidamente que el arte árabe se caracteriza por su anonimato. No soy de esta opinión y puedo apoyarme en el caso de al-Zahra pues sabemos no sólo el nombre de su arquitecto jefe, Maslama b. Abd Alláh (37) que he mencionado anteriormente, sino el de sus artífices, de los que no hablan los historiadores, pero cuyos nombres se han conservado en los mármoles que tallaron (38) y en la pintura de sus cerámicas.

Según nos informa Ibn Jaldun (39), al-Nasir hizo venir de todas partes a los arquitectos y constructores más competentes y llegaron incluso de Bagdad y Constantinopla.

El jefe de los albañiles fué Abd Allah b. Yunus que también estuvo encargado de traer los mármoles de Cartago y Tunez, con Ali b. Ya 'far al-Askandarani y Hasan, a quien Ibn Idari llama al-Qurtubi y Maqqari, en «Nafh al-Tib», Hasan b. Muhammad (39).

El Obispo Rabí (40) trae desde Constantinopla una de las dos pilas de fuente famosas (41). Según Maqqari (42) le acompaña Ahmad el Griego, que es quien trae la otra pila de Siria. A este Ahmad también le dan el sobrenombre de el Filósofo (43). Ibn al-Jatib le llama Ahmad b. Hazm. (44).

Trabajaban cada día en la construcción de al-Zahra 10.000 hombres entre obreros asalariados (fa'ala) y siervos (juddam). A los peones (rayyala) se les pagaba un dirhem y medio, dos dirhemes y hasta tres (45). Solamente en la edificación de la aljama, según al-Faradi y otros, (46), trabajaban diariamente 1.000 obreros especializados, 300 albañiles, 200 carpinteros y los 500 restantes entre enladrilladores y de los demás oficios (47). Nuwayri nos informa de que al-Nasir después de haber vencido a los cristianos en repetidas campañas, les impuso como obligación que 12.000 artesanos habían de trabajar en la construcción de al-Zahra (48). Aunque parece exagerada la cifra, y sobre todo si se compara con la citada anteriormente de 10.000 obreros por día, es muy posible que se hubiesen empleado estos operarios cristianos, lo que ayudaría a explicar «recíprocas influencias» del arte cristiano y musulmán de esta época.

##### 5. Bestias y materiales empleados en las obras

Trabajaron en al-Zahra 1.500 bestias de carga. (49). En otro lugar encontramos que fueron 1.400 mulos; 400 acémilas eran propiedad del califa y las 1.000 restantes bestias de alquiler, por cada una de las cuales se pagaban 3 mataqil mensuales.

Se empleaban diariamente en las obras 6.000 piedras talladas e igualadas, sin contar los ladrillos y piedras sin igualar utilizadas en los cimientos y en la pavimentación (50). Cada tres días llegaban 1 100 cargas de cal viva y yeso (51). El mármol, muy abundante en las construcciones, (52) se importó de diferentes sitios; Tunez, Cartago, (53), etc. El blanco fué traído de Almería, el veteadado de Rayyu, el rosado y el verde de Ifriqiya, Sfax y Cartago (54). También había mármol vinoso empleado principalmente en la pavimentación. Como ejemplo puede citarse el patio de la aljama (55).



El número de columnas oscila de 4 300 (56) a 4 324 (57). Lo más seguro es que fueran 4.312 o 13, entre grandes y pequeñas, que es el dato que da Ibn Hayyan (58). De estas, 1.013 fueron importadas de Ifriqiya; 140 las regaló el emperador de Bizancio; 19 vinieron del país de los francos, y el resto de Roma, Tarragona y de las canteras de al-Andalus (59). A unos 60 kilómetros de al-Zahara están las de Cabra, de mármol rosa, y aún más cercanas las de Peñatejada, en las inmediaciones de Córdoba, de mármol gris azulado.

En los salones más suntuosos las placas de mármol empleado en el paramento eran relucientes, gruesas, de espesor y de colores puros y diversos. Se le recubría en parte con láminas de oro; se incrustaba con jacintos y otras piedras preciosas, y se cincelaba delicadamente con bellos motivos de decoración floral (60). Las columnas, de mármol de diferentes colores y brillo puro, habían sido torneadas con tal maestría que parecían fundidas en moldes (61).

Estas descripciones, que podrían atribuirse a la fantasía oriental, tienen muchas probabilidades de ser ciertas, pues si bien en las excavaciones no han sido halladas las láminas de oro ni las piedras preciosas —cosa muy natural, después de los saqueos sufridos—, si se conservan los clavos, que las fijaban en los mármoles y la talla de estos tan admirable que no tendría nada de extraño que hubiese sido complementada con piedras preciosas pues ella, de por sí, es ya realmente una joya

También eran empleados en la ornamentación el marfil y el ébano (62).

Los batientes de sus puertas, que entre grandes y pequeñas excedían el número de 15 000 estaban cubiertos de planchas de hierro y cobre aleados (63). Tampoco de ellas ha sido hallada ninguna pues debieron ser una presa codiciada en los saqueos. En el caso concreto de la aljama tenemos noticias de que fueron robadas a la vez que el Minbar, las lámparas, los libros sagrados y las alfombras (64).

El oro y la plata eran empleados en gran cantidad no sólo en las láminas que recubrían el mármol sino también en tejas y ladrillos (65). El oro se utilizó además, en la ornamentación, laminado (66); en las famosas pilas, y en las figuras que las decoraban (67), que estaban hechas de oro rojo y engastadas con perlas preciosas de gran valor (67).

El mercurio fué uno de los metales que dió más celebridad a al-

Zahra, pues debido a la gran abundancia que había de él en al-Andalus, al-Nasir tuvo la ingeniosa idea de llenar un gran estanque que constituía el asombro de todos los visitantes, sobre todo al ser agitado (68).

## 6. Gastos

Es lógico pensar, teniendo en cuenta lo expuesto anteriormente, que los gastos ocasionados por estas construcciones serían cuantiosísimos. A ellos se opuso tenazmente el qadi Mundir b. Said al-Balluti y reprobó la conducta de al-Nasir a este respecto, lo mismo desde el minbar de la aljama que en las concurridas fiestas palaciegas, acusándole de estar poseído por Satanás, que había conseguido degradarlo a la categoría de los infieles y recitando versículos del Corán para apoyar sus reprobaciones (69). Aún cuando con estas admoniciones excitan la cólera de al-Nasir, que llega hasta jurar que jamás hará la oración detrás de él en la aljama, consigue finalmente el arrepentimiento del califa, que incluso manda desmontar un tejado, cuyas tejas estaban recubiertas de oro y plata, para sustituirlas por otras de barro como las demás (70).

La cantidad total de estos gastos fué de 100 almudes de dirhemes gasimies, según la medida de Córdoba, aunque también se dice que esta cantidad fué de 80 almudes y 6 o 7 cahices de los dirhemes mencionados (71). Uno de los servidores de al-Zahra refiere que, según su cálculo, se gastaban anualmente en sus obras 300.000 dinares, durante los 25 años siguientes a su fundación, hasta la muerte de al-Nasir, y que la cantidad total de sus gastos fué de 15 bayt mal (72). Ibn Idari dá como total la cantidad de 25 almudes de dirhemes gasimies, 6 cahices y 3 kayles y medio (73). Los ingresos de al-Nasir procedentes del impuesto fiscal (yibaya) eran anualmente 5 480.000 dinares y de sus propiedades particulares obtenía 765.000. De estos 6.245.000 dinares, un tercio era dedicado a las edificaciones (74). Hubiese querido dar una aproximación de estos valores, comparándolos con la moneda actual, pero encuentro una gran dificultad, no solo por la variación del valor adquisitivo, sino por la imprecisión de estos términos. Hay que tener en cuenta que se empleaban como obreros a siervos y prisioneros de guerra, lo que reduciría considerablemente el coste de la mano de obra. Pagaba al-Nasir por cada pieza de mármol en bruto, grande o pequeña, 10 dinares, sin contar lo que después era necesario para cortarla y transportarla (75). Se-



gún otra fuente, si era pequeña la pieza (de mármol) pagaba tan solo 3 dinares y por cada columna (sariya) 8 dinares. Estos dinares eran siyilmasíes (76). Como el número de columnas era de 4.313 aproximadamente, tenemos que la cantidad total empleada en columnas fué 34.504 dinares siyilmasíes. Actualmente el valor de una columna oscila alrededor de 3.000 pesetas, por lo que podemos calcular que esta cantidad total habría ascendido en nuestros tiempos a unos 12 940.000 pesetas. Esto nos dá una idea de las cantidades fabulosas que para aquellos tiempos significaría la suma anteriormente citada y justifica en cierto modo la desaprobación del qadi Mundir b. Sa'id, cuyas reprensiones han servido, al menos, para que al referirnoslas los cronistas árabes mencionen, algunas veces de pasada las edificaciones admirables que las ocasionaron.

## II

### DESCRIPCIONES

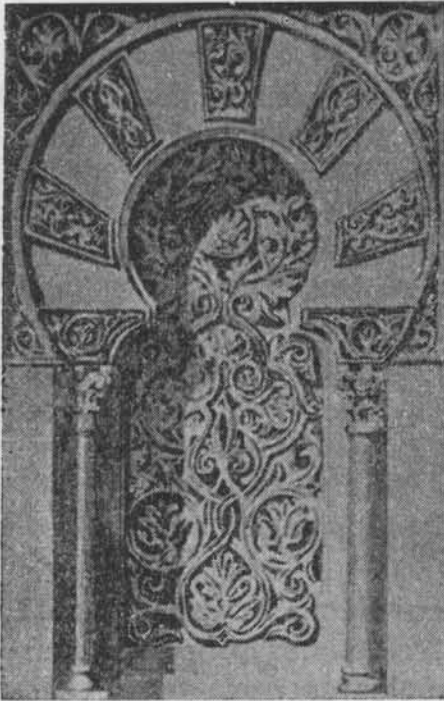
Ibn Jaldun nos cuenta que construyó al-Nasir, en al-Zahra, alcázares y edificios de tal belleza que superaron las primitivas construcciones de sus antepasados, haciéndolas caer en desuso (77). Todo aquel que la visitaba, ya se tratase de un rey, de un embajador o de un simple mercader, quedaba deslumbrado al contemplar su magnificencia y fastuosidad, afirmando que no había visto jamás, ni siquiera con la imaginación, nada que se le igualara, y que lo más admirable que podría encontrar quien se dirigiera a al-Andalus, en aquella época, era verla o, cuando menos, que se la describiesen (78).

¿Cómo era aquella maravillosa ciudad?

Merced a las excavaciones, podemos hoy hacernos una idea de cómo eran sus edificios, y, por lo que actualmente se conserva, podría afirmarse que no exageraron los historiadores musulmanes en sus alabanzas ni en sus descripciones. No son éstas todo lo explícitas ni numerosas que sería de desear; pero trataré de exponer, a través de las que he estudiado, los datos que más nos ayuden a representarnos a al-Zahra tal como fué.

## 1. Dimensiones del recinto amurallado

Las dimensiones de su recinto eran, según Ibn Jallikan, dos mil setecientos codos de Oriente a Occidente y mil quinientos de Norte a Sur. Haciendo el codo equivalente a cuarenta y siete centímetros



Proyecto de restauración de una ventana ciega de Medina al-Zahra, por Velázquez Bosco.

(78 bis) tenemos mil doscientos sesenta y nueve metros de longitud por setecientos cinco metros de latitud. Estas medidas son inferiores a las dadas en la Memoria de las excavaciones del año 1924 (79), mil quinientos diez y ocho metros de longitud por setecientos cuarenta y cinco metros de latitud. Si le diéramos al codo una equivalencia mayor en centímetros hasta igualar, por ejemplo, las medidas de longitud, tendríamos para la latitud una medida superior a setecientos cuarenta y cinco metros. Las dimensiones que nos da Maqqari, procedentes de Ibn Hayyan, son dos mil setecientos codos de longitud, igual que la proporcionada por Ibn Jallikan; sin embargo, para la latitud da novecientos noventa mil codos, medida totalmente errónea, que reducida a metros nos daría cuatrocientos sesenta y cinco

mil trescientos metros, muy superior a la real (80). Lo más probable, si damos como cierta la medida de dos mil setecientos codos para la longitud, es que la latitud fuera de unos mil trescientos treinta codos, casi la mitad de la medida anterior, en los extremos y algo menos en la parte central por tener que adaptarse la muralla septentrional a la forma del monte.

Salvo esta irregularidad, el perímetro de al-Zahra es un rectángulo, cuyo lado mayor es algo menos del doble del menor. Para Ambrosio de Morales, y los historiadores locales que le han seguido, el lado mayor es, justo, al duplo del menor (81). Todo el recinto estaba rodeado de una doble muralla.

## 2. Descripción de la ciudad

Según Idrisi, cuya descripción siguen Himyari y Umari, las construcciones formaban tres escalones en las faldas de la montaña. Cada uno de ellos estaba rodeado de murallas, constituyendo así tres almedinas, de manera que la superficie donde había sido cons-



Vista parcial de la ruinas de Qsar-al-jilafa, excavado desde 1912

truida la primera estaba al nivel de los techos de la segunda, y la misma situación tenía esta respecto de la tercera. En las superiores estaban los alcázares; en la media, los huertos y jardines, principalmente, y en la inferior, la aljama y las viviendas. Nuwayrî da una distribución parecida: considerando a al-Zahra dividida en tres partes, las mansiones y alcázares califales están situados en la contigua al monte; en otra, las casas de los servidores, que eran doce mil, y los jardines, en la que está bajo sus alcázares y miradores (82). Estos tres escalones en que se halla construida al-Zahra no son plataformas regulares, sino que en cada uno de ellos hay también unas zonas más elevadas que otras.



### 3. Puertas principales

En la recepción de Ordoño IV en al-Zahra se describe el itinerario que sigue éste desde la puerta de entrada a la almedina hasta la Bab al-Aqbá y a continuación de ésta, hasta la Bab al-Sudda (83). En dirección contraria es descrito este itinerario, al hablar de la formación militar, el día de la jura de al-Hakam; primero se menciona la Bab al-Sudda, después la Bab al-Aqbá y, finalmente, la puerta de la almedina que dá a la Sahra (el campo exterior) (84).

Puede suponerse que cada una de estas puertas era la correspondiente a uno de los tres recintos. La Bab al-Sudda, como indica su nombre, sería la que daba entrada al superior, donde estaban situados los alcázares del califa. La Bab al-Aqba pertenecería al recinto medio, y al recinto inferior, naturalmente, la que comunicaba con la Sahra (84)

Refiere Ibn al-Arabi que sobre la puerta —no especifica cuál— hizo esculpir al-Nasir la figura de al-Zahra (85). Creo más bien que si puso una escultura de mujer no la representaría a ella, sino a Venus, como parece deducirse del *Anónimo de Copenhague* (86). En la traducción que el Sr. Huici Miranda hace de partes inéditas de *al-Bayan al-Mugrib* de Ibn Idari, nos informa de que Yaqub al-Mansur, después de la batalla de Alarcos, se dirigió hacia Córdoba, alojándose allí en el alcázar de su hermano Abu Yahya, y de que fué luego a Madinat al-Zahra y mandó arrancar la estatua que estaba sobre su puerta; como se levantase un viento huracanado, que causó algunos desperfectos, el vulgo ignorante de Córdoba lo atribuyó al derribo de la estatua de al-Zahra que consideraban un talismán (87). Este mismo pasaje viene publicado en el *Anónimo de Madrid y Copenhague*, con la edición del texto árabe y traducción también del Sr. Huici Miranda. El pasaje falta en el *Anónimo de Madrid*; en el de *Copenhague* no menciona una sola vez a al-Zahra. Parece que falta un trozo, precisamente, donde debía decir que al-Mansur se dirigió a ella; pero cuenta que el vulgo de Córdoba achaca los destrozos producidos por el viento a Venus, que, como es bien sabido, se llama en árabe (zhra) (88).

### 4. La aljama

Empiezo la descripción de los monumentos más notables de al-Zahra con la de su aljama. Ya se ha dicho anteriormente que estaba situada en la parte más baja, junto con las viviendas, y que su cons-

trucción se llevó a término en el plazo de cuarenta y ocho días, durante los cuales trabajaron mil obreros especializados.

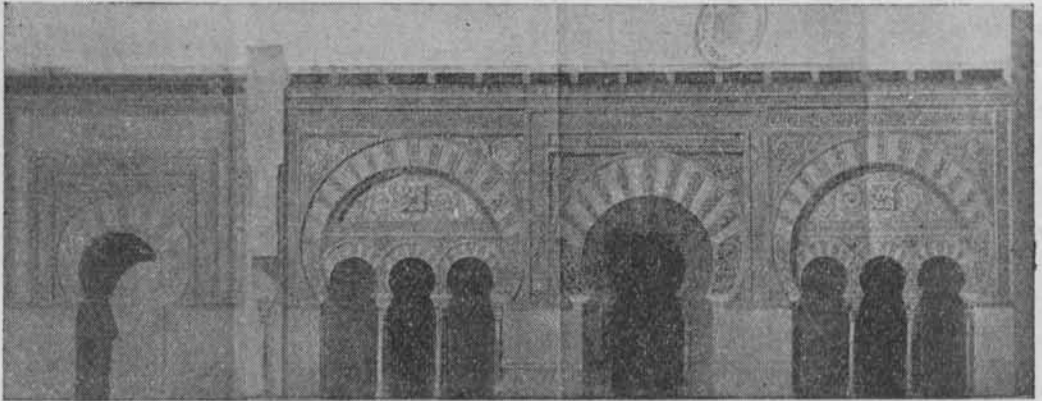
Su *qibla* estaba bien orientada (89), por lo que es fácil identi-



Vista de la planta del salón occidental (Mayalís al garbi) excavado desde 1912 en el plano de al-Zahra, e incluso a simple vista sobre el terreno, ya que los demás edificios miran al Sur.

Maqqari nos proporciona bastantes datos sobre ella, procedentes de Faradí y otros (90). Tenía cinco naves de construcción admirable. Cada una de ellas medía doce codos de anchura, excepto la central que tenía trece. La torre (*sawmua*) medía cuarenta codos de altura y diez por diez de superficie. El patio descubierto medía, de Sur a Norte, cuarenta y tres codos, y, de Oriente a Occidente, cuarenta y uno. Estaba totalmente pavimentado, como ya se dijo, con mármol vinoso, y en su centro tenía un surtidor por el que corría el agua. La longitud total de la mezquita era de noventa y siete codos sin contar el *mihrab*, y su anchura, de cincuenta y nueve. Como al sumar la anchura dada por las naves nos resultan sesenta y un codos,

hay que pensar en un ligero error, o quizás, como sugiere la vista del plano, que las dos naves adyacentes a la central fuesen un codo más estrechas. Si sumamos a la longitud de las naves, que es treinta codos, los cuarenta y tres que tiene de longitud el patio descubierto, resultan setenta y tres codos, que restados de la longitud total nos



Proyecto de reconstrucción del salón occidental (Mayalis al garbí)  
por Velázquez Bosco, su excavador en 1912

dan un resultado de veinte y cuatro. Estos tendrían que repartirse entre la longitud de la *maqsura* y la anchura de una, o más bien dos, galerías cubiertas del patio, que debía estar rodeado seguramente por estas galerías y otras dos en el sentido contrario, como puede deducirse de la diferencia entre la anchura total (cincuenta y nueve codos) y la de su superficie descubierta (cuarenta y uno). Esta diferencia, diez y ocho codos, repartidas entre las dos galerías, nos darían una anchura de nueve codos para cada una. Si asignamos esta misma anchura a las otras dos galerías, nos quedarían seis codos para la longitud de la *maqsura*. Encargó al-Nasir para esta mezquita un *minbar* maravilloso, que fué hecho de una belleza sin par. Se colocó en su lugar y a su alrededor se cercó una *maqsura* también de fabricación admirable. Se terminó de construir la mezquita el jueves a 9 días por pasar de sa'ban de 329 (=jueves 20 de mayo de 941 J. C.)

### 5. Principales construcciones

Al referir la curiosa anécdota del pájaro que empieza a hablar al médico de al-Nasir en el momento en que éste se dispone a sangrar al Califa, sitúa Maqqari (91) la escena en la nave (*bahwu*) del gran salón que domina lo más alto de la almedina del soberano en al-



Zahra. Creo que se puede identificar este salón precisamente con el edificio más elevado de al-Zahra, situado a Occidente de las construcciones centrales de la parte superior. Este departamento, por su belleza —las paredes tienen la piedra tallada y el suelo está trabajado en mosaico— y por su estructura, parece que debió pertenecer



Arcadas de la portada principal de Dar-al Mulk, excavado desde 1944

a la vivienda privada del califa y pudo ser muy bien el lugar más adecuado para que se sangrara a éste. Con la expresión de «lo más alto de la almedina (del Califa) en al-Zahra» creo que se refiere a la almedina superior de las tres que constituyen al-Zahra, y en la que estaban emplazados los alcázares y la vivienda del califa. Esta almedina está construída a su vez sobre diversos niveles siendo el más alto el situado junto a la muralla septentrional a Occidente de su centro, que es donde está el mencionado salón.

Nuwayri (91 bis) y Maqqari (92) nos hablan de otro salón «que asomaba sobre los jardines» donde recibe al-Nasír a los embajadores de Bizancio. La descripción que de él hace Nuwayri es parecida a la que hace Maqqari del salón llamado «*Qasr al-jilafa*» (Alcázar del Califato), aunque no coincide por completo, por lo que más que identificarlos, puede suponerse que se trataría de otro salón semejante a aquel en hermosura y magnificencia. Estaba sostenido por columnas (*amud*), y construído con mármoles recubiertos por lámi-

nas de oro, incrustados con jacintos y piedras preciosas y trabajados con primorosas labores (93). Delante del salón había un gran estanque (*bahr*) lleno de azogue, desde el que se reflejaba la luz hacia el interior. Por este detalle del estanque podría identificarse el salón con el que se está reconstruyendo actualmente, que tiene también delante un gran estanque al que no se ha encontrado el firme necesario para impedir la infiltración del agua y que bien pudo ser que no lo necesitara por contener mercurio. También los mármoles conservan algunos clavos de los que debían fijar las piedras preciosas.

El *Qasr al-jilata*, debió ser el edificio más deslumbrante y magnífico de al-Zahara (94). Su techo y sus paredes eran de oro y de mármoles de diferentes clases, de gran grosor y puros colores. Las tejas (95) de este *Qasr* eran de oro y plata. En el centro tenía un gran estanque lleno de mercurio y en cada uno de sus costados había ocho puertas, cintradas por arcos de marfil y ébano incrustado con oro y piedras preciosas, sostenidos por columnas de mármol de variados colores y de berilo puro. Del centro de su techo pendía la famosa perla «*al-Yatima*» (96), obsequio del emperador de Constantinopla, León. Los rayos del sol que entraban por las puertas se reflejaban en el techo y en las paredes, produciendo una luz deslumbradora, que al-Nasir provocaba cuando quería atemorizar a alguien, indicando a un esclavo que agitase el mercurio. Los que estaban en el salón creían volar o girar con él, mientras el mercurio se movía. Esta descripción la hace también de una manera parecida Mahalli (97), aunque según él era el salón el que estaba situado en el centro del estanque.

Muy célebre también es una *qubba*, que provocó las censuras de Mundir b. Sa'id por haber sido hecho su tejado con tejas recubiertas de oro y plata. Esta anécdota de Mundir referida por varios historiadores, tiene diferentes versiones de la descripción de la *qubba* según cada uno de ellos. Ibn al-Atir se limita a decir que estaba ornamentada con oro y su construcción era maravillosa y sin precedentes (98) Ibn Sa'id en *al-Mugrib* dice que su tejado estaba hecho de oro y plata (99), y lo mismo dice Hiyari (100). Sin embargo Ibn Jaqan al referir este pasaje en *al-Matmah*, tiene un párrafo tan confuso que creo muy posible que esté alterado (101). Habla de *al-sath al-anbasa al-sugra*. La palabra *anbasa* no creo que tenga aquí sentido ninguno y en general todo el párrafo es muy difícil. Sin embargo al final del pasaje dice muy claramente que al-Nasir ordenó desmontar el tejado

de la *qubba* y reponerlo con tejas de barro. Ibn al-Jatib, que ha copiado de *al-Matmah* o de una fuente común a ambos, sustituye el término *anbasa* por el de *qubba* y cambia ligeramente el párrafo para darle sentido (102). En el mismo caso están Nubahi (103), que lo arregla todavía mejor, refiriéndose al techo (*saqf*) de la *qubayba* en



Capiteles de Dar-al-mulk, que ya han sido colocados en la restauración de este aposento hacia 1954.

lugar de *al-sath al anbasa al-sugra* y explicando el diminutivo de *qubayba*, para indicar particularización. Maqqari (104) sigue a Nubahi y a Ibn Jaqan, tratando de coordinar a ambos y habla de *al-sath* de la *al-qubayba*. En el contexto, sin embargo, todos están de acuerdo en referirse al tejado de una *qubba*. Ibn Jaqan, Ibn al-Jatib, y Maqqari dicen que estaba inclinada (*madla*) hacia la Sarh al-Mumarrad, mientras que Nubahi dice tan solo que era parecida (*mmatla*). De la Sarh al-Mumarrad nos hablan en este pasaje, y no sé si se referirán a al-Sath al-Mumarrad o será un edificio diferente. Esta *qubba* fué tapiada y alfombrada con *dibay* (tejido de seda formando flores).

En el recinto del alcázar estarían seguramente la Dar al-Mulk y la Dar al-Yund. La primera estaría formada por un conjunto de dependencias (*tuslan*), donde según Maqqari, (105) se les dió un hospedaje adecuado con su rango a los hermanos de al-Hakam II cuando fueron a su jura. La Dar al-Yund debía estar próxima a la Bab

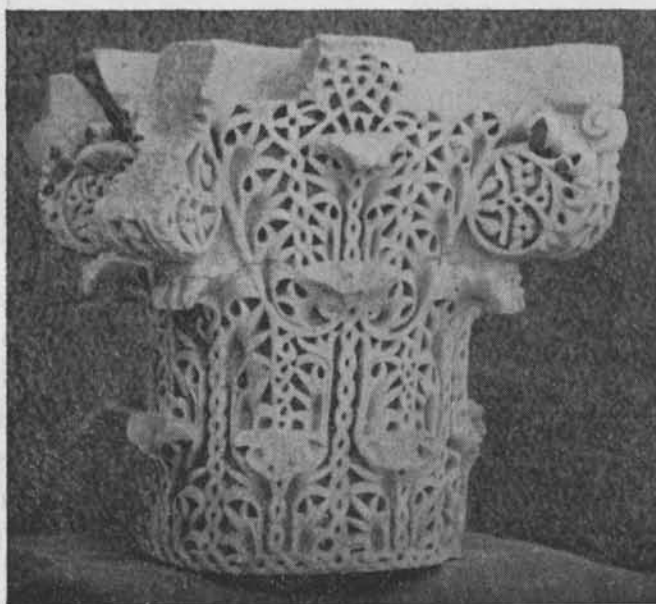


al-Sudda, pues una vez atravesada ésta, se la menciona a continuación. A las salas de estancia del Yund es donde se conduce a los embajadores, mientras esperan que les sea concedida la audtencia (106), y en el pórtico (*bartal*) de la central de las naves meridionales (*al-abha al-qibliya*) que hay en la Dar al-Yund es bajado de su montura Ordoño IV cuando va a entrevistarse con al-Hakam (107) y allí mismo vuelve a montarse a la salida (108). Durante la jura de al-Mustansir se mantiene la formación en la *Dar al-Yund*, prolongándose en dos filas alineadas hasta el final de las dependencias (*fuslan*). En la Dar al-Yund había vivienda para el jefe de la caballería (109).

También fué allí donde mandó quemar al-Hakam II la silla de montar de uno de sus siervos que le irritó porque era de factura beréber. (109 bis)

La Sath al-Mumarrad era una explanada, también en el recinto del Alcázar, donde estaban situados los salones más suntuosos, en los que desarrollaba la vida oficial. De estos salones son conocidos el Maylis al-Garbi, del que sabemos que tiene una nave (*bahwu*) al Norte (110); y el Maylis al-Sarqi, donde al-Hakam II celebraba las audiencias (111). En el *bayt al-manam* (cuarto del sueño o del reposo) de este salón, conocido por *al-Mu nis*, mandó colocar al-Nasir la pila verde, esculpida con figuras humanas (112). Como en otro lugar (113) he encontrado que esta pila fué instalada en el centro del salón, es posible que allí estuviese situado el *bayt al-manam*. Además de esta pila hay otra también muy famosa. Aunque parece ser cierto que eran diferentes, se observa un entrecruzamiento entre las noticias que hablan de una y otra. La procedente de Bizancio era esculpida con figuras humanas. Esta fué traída de Siria, aunque otros dicen que de Constantinopla. Ordenó al-Nasir que fuesen puestas sobre ella doce figuras de oro rojo incrustadas con piedras preciosas de elevado valor. Habían sido hechas en la *dar al-sana a* del alcázar de Córdoba. Estas figuras, según dice Maqqari en el *Nafh al-Tib*, eran: en un frente, un león, una gacela y un cocodrilo; en el otro, una serpiente, un cuervo y un elefante, y en los dos costados, una paloma, un gerifalte, un pavo real, una gallina, un gallo, un milano y un águila (114). Aquí resultan trece, a menos que dos de ellas estuviesen formando grupo. En *Azhar al-Riyad* omite el elefante, el milano y el águila aunque solamente confiesa no recordar el nombre del duodécimo (115). En la traducción de Gayangos, se dan doce, omitiendo el elefante. Fué colocada esta pila verde en

el *bayt al-manam* del *Munis*, como ya se ha dicho, aunque según otro pasaje de Maqqari (116) lo fué la pila dorada, y, según Ibn Idari, la misma que trajo el Obispo Rabi desde Constantinopla (117)



Basa fundacional (y capitel) de Dar-al-mulk

Ibn al-Jatib sitúa en el *bayt al-manam* del *Munis* la otra pila, traída por Ahmad b. Hazm (118).

También en la *Sath al-Mumarrad*, estaban las naves doradas meridionales (*al-abha al-mudahhaba al-qibliya*), en la central de las cuales había un trono (119); como igualmente lo había en los antedichos salones *al-Garbi* y *al-Sarqi* (120). En esta *Sath* había un

patio (*saha*) antes de llegar al Maylis al Sarqi, cuando se venía de la Dar al-Yund.

La Sath al-Mumarrad asomaba sobre los jardines, y además de los edificios citados estaban en ella el Salón de Oro (Maylis al-Dahab) y la *qubba*. (120 bis).

A los lados de al-Zahra se edificaron las *dar al-sana'at* y *dar al-uddat*, para fabricar en ellas armas de guerra, joyas de adorno y otras industrias más (121). También se construyó una *dar al-sikka* para trasladar a ella la de Córdoba, pero no se sabe con certeza si estaba dentro del recinto o en la *Sahra* (122).

En el alcázar de al-Zahra, había cuatrocientas casas (*dur*) para alojamiento del Califa, de su séquito y de la gente de su casa (123). También dieron allí vivienda a literatos y sabios (124).

Había dos baños (*hammam*) en al-Zahra: uno para el servicio del Alcázar y otro a disposición del público (124 bis).

Entre las construcciones de al-Zahra hay que recordar también la prisión subterránea (*al-mutbiq*) con su célebre Cuarto de las Pulgas (Bayt al-baragit). (125).

## 6. Jardines y «parque zoológico»

Una mención especial merecen los jardines de al-Zahra, pues ellos contribuían notablemente a realzar la belleza de los edificios. Son citados frecuentemente. Idrisi (126) Himyari (127) y Umari (128), al describir la distribución de al-Zahra en tres recintos, dicen que uno de ellos estaba dedicado a los huertos y jardines, pues al-Nasir, que había llevado el agua hasta ella, la rodeó de vergeles (129). Nuwayri dice que para esta parte de al-Zahra, que estaba bajo los alcázares y miradores, se había traído árboles frutales de variadas especies (130). Estos jardines tenían numerosas albercas. Ibn Jaqan nos cuenta en el *Matmah* (131) que en el centro de ellos había un gran estanque rebosante de agua y con gradas (*dry*). Había en estas albercas tal cantidad de peces que tenían que hacer diariamente, para su abastecimiento, de ochocientos panes (132) a doce mil (133) según diversas citas, —aunque estas cifras, en especial la segunda, son exageradas— y se descascarillaban seis cahices diarios de garbanzos negros.

Al-Nasir acotó también unos lugares para las fieras, de gran extensión de terreno y situados a corta distancia del foso de protección (*siyay*). También hizo pajareras de gran amplitud, protegidas con enrejados (o redes) (*tbag*).



## 7. Alrededores

Al-Hakam II mandó construir un mirador (*manzara*) en un solar vecino a uno de sus alcázares, propiedad de una mujer que no tenía quien la protegiese, por lo que el intendente del califa se apoderó con violencia de este terreno. Cuando estuvo terminado el mirador



Detalle de pilastra en Dar-al-mulk

informó el *qadi* Ibn Basir (sucesor de Mundir b. Sa'id) a al-Hakam de la injusticia cometida con aquella pobre mujer y el califa le devolvió no sólo el solar sino todo lo edificado sobre él (134). Por tratarse de la época de al-Mustansir seguramente la situación de este solar sería exterior al recinto, que debió quedar bien delimitado en tiempos de al-Nasir, sin abarcar terrenos de propiedades ajenas. Probablemente el mirador estaría en un lugar del monte superior a la muralla septentrional, pues se especifica que el solar donde se construyó estaba cercano a uno de los alcázares.

También pudo estar fuera del recinto la *dar al-sikka*, según Ibn Idari que dice que fué trasladada en el año 336 (947) de Córdoba a la *Sahra*, a no ser que haya que cambiar esta palabra por *Zahra*, con la que fácilmente podría haberse confundido (135). Esta *Sahra* era el campo llano que limitaba la muralla meridional de al-Zahra y al que daba la puerta exterior de la ciudad (136).

El Yabal al-Arus fué plantado por orden de al-Nasir de almen-dros y de higueras para que durante el tiempo en que estaban en flor, armonizase el monte con la «blancura deslumbrante» de la ciudad (137).

Según refiere Ibn Hawqal (038), al-Nasir mandó pregonar que se entregarían cuatrocientos dirhemes a todo aquél que quisiera construir en su vecindad. Acudió gran multitud de gente y se extendieron tanto sus arrabales que dice al-Saqundi (139): «La población se continuaba por los edificios de Córdoba, al-Zahra y al-Zahira hasta tal punto que se se andaba por ellos diez millas sin interrupción a la luz de las lámparas».

Humaydi dice en el *Yadwat al-Muqtabis* (140) que la Munyat al-Amiriya estaba hacia el lado de al-Zahra, y efectivamente, aún más al Oeste se conservan vestigios suyos.

Al-Dimisqi (141) y el autor de *Manahiy al-Fikar* (142), de quien Maqqari no se atreve a dar la cita completa (143), además de emplazar erróneamente Madinat al-Zahra, enfrente de Córdoba, hacen correr entre ambas un gran río y uniendo las dos orillas de éste sitúan el famoso puente —a juzgar por la descripción que hacen de él— que hay sobre el Guadalquivir y que en aquél tiempo unía a Córdoba con Saqunda.

### III

## LA VIDA EN AL-ZAHRA

Es difícil hoy, para nosotros, que solo conocemos de Madinat al-Zahra unas destrozadas ruinas, imaginárnosla palpitante de vida, animada con el movimiento de la corte califal, sucediéndose en ella las fiestas, embajadas y paradas militares

Durante casi veinticinco años del reinado de al-Nasir, los quince del califato de su hijo al-Hakam (144) y los primeros del de Hisam II es la capital de al-Andalus, precisamente en la época de mayor esplendor de la dominación musulmana en España.

### 1. Casa civil y militar del Califa

Allí vivía el califa, rodeado de su corte y de su servidumbre. Una de las almedinas de al-Zahra fué dedicada por al-Nasir a las viviendas de doce mil siervos que ceñidos con cinturones de oro y armados con espadas ornamentadas, estaban dispuestos a cabalgar siempre que el Califa lo deseara (145).

El número de los *fityán* ascendía, según un cronista, a trece mil setecientos cincuenta (146). Sin embargo, a esta cifra, que desde luego es exagerada, se le debe haber añadido erróneamente un uno delante del tres, pues tres mil setecientos cincuenta es el número de



Panel decorativo en Dar-al-Mulk

*fityán* que dan la mayoría de los historiadores (147), aunque también se dice que fueron tres mil setecientos ochenta o seis mil ochenta y siete (148).

El número de mujeres que había en el alcázar entre jóvenes, viejas y servidoras, era de seis mil trescientas catorce (149). Ibn 'Idari lo reduce a seis mil trescientas (150), mientras que otros lo hacen ascender a seis mil setecientos cincuenta (151) y hasta seis mil ochocientos catorce (152). Esta última cifra es probable que sea una alteración de la anterior de seis mil trescientas catorce. Se encargaban de preparar los alimentos para todos y de los demás servicios usuales en las casas (153).

El abastecimiento que se necesitaba era trece mil libras (*ratl*) diarias de carne, sin contar las gallinas, perdices, aves de todas clases y diferentes variedades de pescado (155).



Durante la gran hambre ocurrida en el año 353 (=964), al-Hakam tomó bajo su protección a los débiles y necesitados, subviniendo a su manutención, lo mismo en Córdoba y sus arrabales que en al-Zahra (156).

Para las necesidades del ejército se fabricaban anualmente trece mil escudos y doce mil arcos. Estos se hacían en dos estilos: árabe y turco. Seis mil los hacía en Córdoba el maestro mayor Abú-l-'Abbas al-Bagdádí, mientras que los otros seis mil los hacía Talha al-Saqlabi en al-Zahra (157). En tiempo de Almanzor se hacían doce mil escudos, repartidos entre al-Záhira y al-Zahra (158).

## 2 Fiestas

En ella se celebraban grandes fiestas, unas ocasionadas por motivos familiares del Califa, como las que dió al-Nasir para celebrar la circuncisión de sus nietos, los hijos del príncipe Abú Marwán 'Ubayd Alláh (159); otras, en las que 'Abd al-Rahmán III reunía a sus cortesanos para oírles alabar sus construcciones y en las que alguna vez fué censurado por Mundir b. Sa 'id (160).

## 3. Jura de al-Hakam III

De los acontecimientos más importantes fué, sin duda, la jura del califa al-Hakam II (161). Cuando subió al trono (jueves 17 de octubre de 961) tomó juramento en primer lugar a los esclavos de su alcázar, los *tityán* conocidos por los «*julafa' al-akábir*», y éstos se encargaron de tomárselo a los de categorías inferiores (161). También le juraron aquella misma noche los secretarios, *wusafá'* y los jefes y oficiales militares. Ordenó al primer ministro Yafar b. Utman que fuese en busca de su hermano Abu Marwan Ubayd Allah, para que le hiciese venir a la jura sin excusa, y a Musa b. Ahmad b. Yudayr le encargó la misma misión cerca de su hermano Abu al-Asbag Abd al-Aziz. Igualmente ordenó a otros caballeros notables que hiciesen venir a sus seis hermanos restantes. Llegaron a al-Zahra' durante la noche y se hospedaron en las dependencias de la *Dár al Mulk*, en consonancia con su rango.

Para la ceremonia de la jura se sentaron en los dos salones *al-Sarqí* y *al-Garbí*, al-Mustansir se sentó en el trono real situado en la central de las naves doradas meridionales (*abhá' al-mudahhaba al-qibliya*) que están en al-Sath al-Mumarrad. Los primeros en jurarlo fueron sus hermanos; después juraron los ministros y sus

familiares, los jefes de la *surtá* y los demás servidores. Los personajes de calidad estaban sentados a derecha e izquierda del Califa, según su importancia, excepto 'Isá b Futays, que permaneció en pie



Reconstrucción de Dar-al-Mulk

tomando la jura a los demás. Iban vestidos de luto, con túnicas blancas y las espadas ceñidas. Los *fityán al-wusafá'* con largas cotas de malla y las espadas desenvainadas, formaban dos filas ordenadas a lo largo de *al-Sath*. En las dependencias contiguas estaban los lanceros, también con vestiduras blancas, y los demás siervos La for-

mación comenzaba en la Dár al-Yund. Los esclavos de infantería, con corazas y túnicas blancas, yelmos bruñidos, escudos almadrados y armas ornamentadas, se alineaban en dos filas hasta el final de las dependencias (*tusul*). En la gran Báb al-Sudda estaban los porteros y sus auxiliares; desde ella hasta la Báb al-Aqbá' los esclavos de caballería; a continuación, un grupo tras otro, diferentes unidades del ejército, hasta la puerta de la ciudad que ponía en comunicación con la Sahra'. Después de la jura se trasladó el cadáver de al-Násir al Alcázar de Córdoba, donde se le enterró en la Rawda de los Califas.

#### 4. Visitas y embajadas.

Pero todavía en vida de al-Nasir se recibieron en el alcázar de al-Zahara numerosas visitas y embajadas. La primera de la que tenemos noticia es la de Muhammad b. Abi al-Ais b. Umar b. Idris, a mediados de rabi I del año 333 (= primeros de noviembre de 944). Le recibió el califa en una audiencia solemne y le dispensó grandes honores. (162).

A mediados de muharram del año 337 (= finales de julio de 948) dió al-Nasir una fastuosa recepción a Hamid b. Yasal y a Mansur y Abu al-Ais, los dos hijos de Ibn Abi al-Afiya que iban acompañados por el señor de Argel, Hamza b. Ibrahim. Fueron obsequiados con los vestidos de honor y otros regalos (163).

En el año 344 (= 955-956) llegó Hamid b. Yasal, con treinta y seis notables de los Kutama y de las demás tribus, pidiendo protección contra los ejércitos de la *Si a*. Al-Nasir, además de hospedarlos, dió en su honor una recepción, en el palacio de al-Zahra (164).

Los embajadores de Bizancio llegan en el año 338. Al-Nasir se dirige desde el alcázar de al-Zahra, al de Córdoba para recibirlos y les concede la primera audiencia el sábado 11 de rabi I (= sábado 8 de septiembre de 949), en el salón *Al-Zahir* del Alcázar de Córdoba (165). Sin embargo Gayangos, en la traducción de este pasaje dice que fué «upon the vaulted hall in his palace of az-Zahra». (166).

Las siguientes audiencias concedidas a estos embajadores sí tienen lugar en al-Zahra (167). La segunda es a fines de este mes, con gran concurrencia y boato. El *sahib al-medina* estaba sentado junto a la Bab al-Sudda, con los *urafa*, los *surat* y los *haras*, que permanecían alineados. De pié, a lo largo de la muralla del alcázar, esta-



ban los clientes, armados y con hermosas vestiduras, y junto a las dependencias, los *abid*, *al-hasam*, etc., según la forma acostumbrada. Se les dió otra tercera recepción; y a mediados de yumada I les recibe el califa personalmente, en una audiencia especial, «en el salón que asoma sobre los jardines». Terminada la entrevista visitaron la *dar al-sana' at* y la *dar al-udda* (casas de los oficios y de los equipos militares), que estaban a los lados de al-Zahra y también la *dar al-sikka*, y las demás partes de la ciudad. Se les regalaron valiosos obsequios y todavía les recibió al-Nasir una vez más para despedirlos antes de su marcha.

También visitó a al-Nasir, en al-Zahra, Sancho el Craso, hijo de Ramiro II (168).

Ibn al-Arabi nos refiere una embajada de los francos (al' ifrany) (169). Al-Nasir mandó esterar el camino desde Córdoba a la puerta de al-Zahra y colocó a los hombres a derecha e izquierda de él, con unas grandes espadas desenvainadas, unidas por los extremos las de uno y otro lado, formando como unos arcos de bóveda. Desde la puerta de al-Zahra hasta el trono del califa estaba el suelo cubierto de *dibay*. Los *huyyab* estaban ricamente ataviados y sentados en sillones ornamentados cubiertos de sedas. Ante cada uno de ellos se inclinan los embajadores, creyéndolo el califa. Por fin encuentran a éste vestido pobremente y sentado en un patio, sobre la arena. Les da a escoger entre el libro sagrado o la guerra y el infierno. Los embajadores, asustados, hicieron sus pactos según los deseos del Califa.

También en la época de al-Hakam II se reciben numerosas visitas. Es célebre la de Ordoño IV el Malo (sábado a fines de safar de 351 (= sábado 5 de abril de 962), que va a pedir socorro a al-Mustansir y queda deslumbrado ante la suntuosidad de la corte de al-Zahra. Este rey fué hospedado en la Rusafa, donde siguió viviendo (170).

Años más tarde recibe a los embajadores de los príncipes Idrisies de al-Garb, en una audiencia deslumbrante a la que se dió gran solemnidad (171).

Don Francisco Codera tradujo la parte del *Muqtabis* que narra las embajadas recibidas por al-Hakam, desde el año 970 al 974. (172) A fines de saban del año 360 (= fines de junio de 971) llega a Córdoba el conde Bon-Fil, hijo de Sinderedo como embajador de Borrell I, conde de Barcelona, acompañado de veinte magnates entre los que venían los enviados del conde Guitard. Traían como

regalo treinta esclavos, entre hombres, mujeres y niños. Son recibidos en Madīnat al-Zahra el sábadó 4 de ramadan (= sábadó 1 de julio) en una solemne audiencia. El Califa estaba sentado en el trono del Salón Oriental, (al-Maylis al-Sarqi). Además de los ministros, asistieron al acto el gobernador de Córdoba y ministro también, Ya far b. Utman y el de al-Zahra, Muhammad b. Aflah. Los catalanes llegan a presencia del Califa después de haber esperado en las salas de estancia del *Yund*, y le entregan el escrito de Borrell. Para darles la contestación celebra al-Mustansir otra audiencia, también en el trono del Salón Oriental, según su costumbre, y les ofrece grandes obsequios en correspondencia a los esclavos que ellos habían regalado y a quienes ya había puesto en libertad.

En el mismo lugar y con el ceremonial acostumbrado, recibe al-Hakam a los embajadores el sábadó 16 de sawwal (= sábadó, 12 de agosto) Entran primero los enviados de Sancho García de Navarra; a continuación, el de Elvira, hija de Ramiro II de León; los del conde de Talamanca Fernando ben Filin; el de Fernán González, señor de Castilla y Alava, etc. Todos venían a pedir la continuación de la paz. Se les contestó favorablemente después de haberles hecho grandes regalos.

El mismo año, a sábadó 6 de du-lhiyya (= sábadó 30 de septiembre de 971) y en idénticas condiciones, hay otra recepción de embajadores en al-Zahra. Son los de Elvira, regentes del reino de Ramiro, hijo de Sancho el Craso, señor de Galicia; García Sánchez, hermano de Sancho García de Pamplona, por quien había estado en rehenes; los del conde de Castilla, y otros. Iban con ellos los principales cristianos de Córdoba, que les servían de intérpretes. También recibieron contestación satisfactoria.

Ibn Hayyan menciona en el año 361 una sola embajada enviada por el emperador de Constantinopla.

El martes 22 de du-l-hiyya del 362 (= martes 23 de septiembre de 973), después de recibir a varios jefes de tribus de la costa de Africa, al-Hakam da audiencia a los embajadores cristianos, que entran por el siguiente orden: primero, los embajadores de Sancho García de Navarra; luego los de Fernán Ansúrez; a continuación los de los Banu Gómez, condes de Carrión, y finalmente los de Rodrigo Velázquez, conde del Algarbe.

El siguiente año, el 17 de safar (= 17 de noviembre de 973), después de recibir a varios individuos de los Banu Hanun de Africa, que habían ido a cumplimentarlo, al-Mustansir da audiencia a los

embajadores de Elvira, tía y regente del rey de Galicia. Ocurre un desagradable incidente. El juez de los cristianos de Córdoba, Asbag b. Abd Allah b. Nabil, que hace de intérprete, traduce al pie de la letra unas palabras ofensivas para el califa. Este se encoleriza. Ordena que se retiren los embajadores y echa a voz en grito al intérprete, a quien destituye de su cargo de juez.

Durante los meses siguientes siguen llegando embajadores: el gobernador de Lérida y Monzón, acompañando al conde Guitard, gobernador de Barcelona; el enviado de Otón, rey de los francos; embajadores de Castilla, etc.

Así transcurre la vida en al-Zahra. Los califas al-Nasir y al-Mustansir, raramente se desplazan de ella. Van a Córdoba solo a inspeccionar las obras de la Mezquita (173) o cuando algún otro asunto de interés los reclama.

## 5. La Aljama

También la aljama de al-Zahra es escenario de una vida activa. Una vez terminada su construcción, el primer acto celebrado en ella es la *salat al-magrib* de la vela del viernes a ocho días por pasar de sa' ban (=noche del jueves 20 de mayo 941). El *qadi* Abu Abd Allah Muhammad b. Abi Isa fué el *imam* y el primer predicador que actuó en ella. Al día siguiente al-Nasir hizo en esta aljama la *salat al-yumu'a* (viernes 21 de mayo 941) (174). Encargó de dirigir allí la oración y la predicación a Mundir b. Sa id al-Balluti, a quien también nombró *qadi al-yama'a* en Córdoba a la muerte del anterior *qadi* Muhammad b. Isa (175), cargos que conservó hasta que murió, ya de avanzada edad, el jueves a dos noches por pasar de du-l-qa da del 355 (= jueves 15 de noviembre de 966) (176).

No todos sus *imames* fueron tan ilustres como éstos. Ibn al-Faradi (177) nos refiere que oyó muchas veces predicar a Abu Abd Allah Muhammad b. Mas'ud, encargado de dirigir la oración en esta aljama —al-Mu'ayyad le había nombrado con anterioridad *qadi* de Evora— y que se cortaba al hablar, esforzándose en conseguir la rima.

Anterior a éste fué Abu' Abd Allah Muhammad b. Yusuf b. Sulayman (178), natural de Cabra, donde fué *qadi* hasta que lo encargaron de la predicación y oración en al-Zahra. Murió el sábado 15 de ramadan de 372 (= sábado 3 de marzo de 983).



Fué predicador en ella Abu al-Walid Yunus b. Abd Allah... conocido por Ibn Saffar, que también predicó en al-Zahira. Era muy versado en *hadit* y en jurisprudencia. Tuvo el cargo de *qadí* en Badajoz y su región. Fué nombrado consejero y llegó a ser *qadí al-yama'a* en tiempo de al'Mu'ttad. Murió con noventa años, a dos por pasar de rayab del 429 (= 6 de mayo de 1038) (179).

Al-Mahdi nombró para dirigir la oración y para la predicación en la aljama de al-Zahra a Abd al-Samad Hudayl b. Muhammad b. Tayit al-Bakri (180). Era cordobés, originario de Santarem. Viajó por Oriente e hizo la peregrinación a la Meca. Se distinguió por su religiosidad. Murió después del 400 (= 1009).

El último predicador que subió al *minbar* de esta aljama fué Abu Abd Allah Muhammad b. Qasim... el Omeya (181) originario de Yalita, aldea de la zona de U'liya, de la Kanbaniya. Hizo la peregrinación y estudió en Oriente y en Qayrawan. Tuvo el cargo de *ahkam al-surta* con Hisam II. Fué asesinado por los bereberes en su misma casa, defendiendo a su familia y a sus hijos, el día que aquellos se apoderaron de Córdoba, lunes 6 de sawwal del año 403 (=lunes 20 de abril de 1013). Fué considerado mártir y enterrado como tal.

Igual que en la aljama de Córdoba, también se leían en la de al-Zahra los escritos que daban cuenta de las victorias obtenidas, bien luchando contra los gallegos o contra los ejércitos de la Sía, etc. (182).

Era además un centro cultural. A ella acudían sabios y literatos, entre los que se cuenta, por ejemplo, Abu Nasr Harun b. Musa b. Salih b. Yandal al-Qaysi, quien con un grupo de ellos, iba a escuchar al célebre Abu Ali al-Bagdadi que allí dictaba *al-Nawadir* (183).

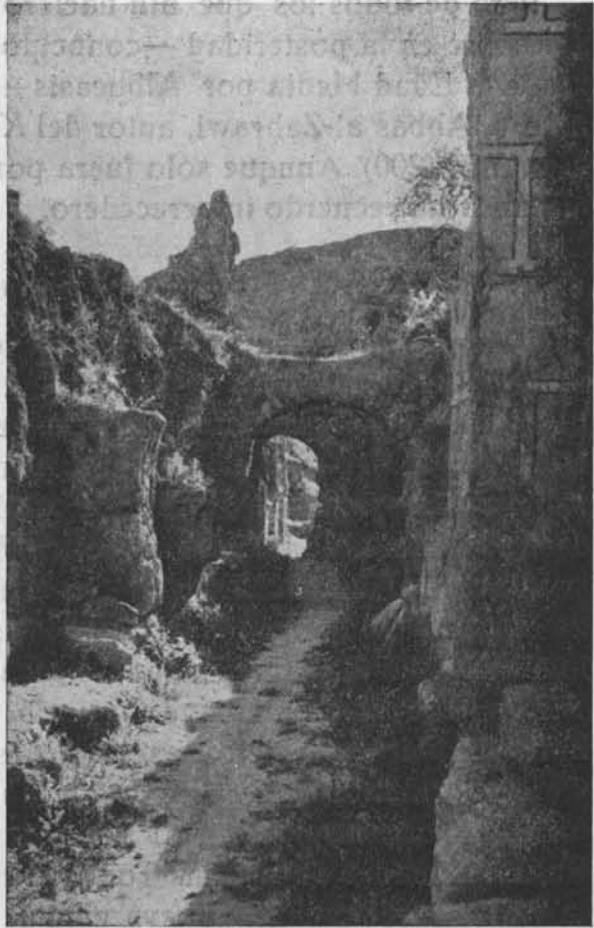
Ejercían en ella jurisprudencias como Abu Ishaq Ibrahim b. Abd al-Rahman al-Tunsi, que había estudiado con Abu Ali al-Bagdadi (184).

## 6. Otros hombres ilustres que vivieron en Medinat al-Zahra

Además de los que ocuparon cargos oficiales, como Muhammad b. Aflah, que fué gobernador (185); Ahmad b. Ibrahim, tesorero (186); el noble Muhammad b. Hamid b. Talib... al-Duwwab, que al cargo de guardián de la puerta de *al-Kamil* unió el de *Amin* en al-Zahra (187); Ziyad b. Aflah, prefecto de la caballería (188), etc., vivieron

sabios y literatos a quienes el califa dió hospitalidad. Entre éstos estaban el historiador Ahmad b. Sa'id al-Hamadani y el poeta Yusuf b. Harun al-Ramadi (188 bis); el ciego Muhammad b. Asbag, conocido por Duraywid, natural de Córdoba, célebre gramático (189); los famosos médicos 'Umar y Ahmad, hijos de Yunus b. Ahmad al-Harrani, naturales también de Córdoba, que estudiaron medicina en Bagdad con Ibn Qurra y otros. Al-Mustansir los tomó como médicos de cámara (190).

También la habitaron hasta su muerte Abu Muhammad Abd al-Kabir b. Muhammad... al-Yazri (191) y Abu Sulayman Abd al-Salam b. Nabil... al-Hawwari (192). Llegó a ella para referir hadices Abu Abd Allah b. Isa al Jawlani, conocido por al-Qallas, célebre por su falta de veracidad (193). Sin embargo se distinguieron por su fidelidad y virtud Abu Hafs b. Ubayd Allah al-Duhli, o Hudli, al-Zahrawi (194), el *qadi* Abu Muhammad Abd Allah b. Muhammad b. Abi Dalim, que gozaba de la confianza de al-Hakam y murió repentinamente en el alcázar de al-Zahra, (195) y Abu Muhammad Abd Allah b. Abd al-Rahman al-Ansari al-Zahrawi, nacido en al-Zahra, y muy versado en el *hadit*, en las lecturas del Alcorán y en el estudio de la lengua (196), entre otros que también se dedicaron al estudio de las tradiciones. Pero quien destacó en esta disciplina fué Husayn b. Muhammad al-Gassani, conocido por al-Yayyani, porque su padre se trasladó a Jaén durante la *fitna*, pero originario de al-Zahra. Fué jefe de los *muhadditin* de al-Andalus y el último de los que refirieron hadices con *isnad* (196)



Paseo de Ronda bajo

Médico y matemático famoso fué Abu al-Hasan Ali b. Sulayman al-Zahrawi, hijo del comentarista Sulayman b. Muhammad, llamado también al-Zahrawi (198). Escribió, como su padre, comentarios del Alcorán, además de un tratado de aritmética comercial según el método demostrativo y otros libros (199).

Pero de todos los que allí nacieron el que ha gozado de más renombre en la posteridad —conocido entre los autores cristianos desde la Edad Media por Albucasis— es el médico Abu al-Qasim Jalaf b. Abbas al-Zahrawi, autor del *Kitab al-tas'rif li-man ayiza an al-ta' alif* (200). Aunque sólo fuera por haber sido su cuna, merece al-Zahra un recuerdo imperecedero.

## 6. Ocaso de al-Zahra.

Pero pronto acabaron en ella los días felices. Con la muerte del califa al-Hakam puede decirse que empieza su decadencia. Almanzor la convierte en una de las cárceles doradas de Hisam, y es precisamente su cárcel lo más célebre de ella durante este tiempo. Allí manda el *hayib* a todo aquel que precisa eliminar para el desarrollo de su política. El anciano ministro Mushafi, después de días amargos, muere, estrangulado o envenenado, en el Cuarto de las Pulgas de la prisión subterránea (*mutbiq*) y su cadáver es entregado a sus familiares, (201). También muere encarcelado en *al-Mutbiq* el año 371 (=981-982), Abu Ubayd Qasim b. Jalaf b. Yubayr al-Yubayri que había llegado a ser del Consejo y destacó en jurisprudencia (202). Cuando Almanzor construye al-Zahira (368-979) traslada a ella todos los organismos oficiales, a pesar de la resistencia que le opone Subh, la madre de Hisam. Todo el mundillo que gira alrededor de la corte se traslada a la nueva capital y al-Zahra va siendo cada vez más olvidada (203). Durante el gobierno de Almanzor y de sus dos hijos, sólo se ve al Califa, muy de tarde en tarde, trasladarse de uno a otro de sus alcázares o lugares de recreo, oculto entre su séquito (204). A la muerte de Almanzor, el pueblo, esperanzado, se dirigió a al-Zahra para pedir que aparezca al-Muyyad y se haga cargo del mando personalmente (205), pero nada consiguen.

Una época especialmente penosa para al-Zahra fué la del gobierno del *hayib* Sanchuelo (206). Sin embargo cuando comienza realmente su destrucción material es en la *fitna*. Ya debió de sufrir algunos daños en las revueltas que elevaron al trono a al-Mahdi (207), aunque por hallarse más alejada de Córdoba, estos no llegaron a ser radicales, como en el caso de al-Zahira.



Los primeros destrozos considerables los causan los beréberes aliados de Sulayman al-Mustain, cuando después de haber asediado en vano a Córdoba durante cuarenta y cinco días, se dirigen a al-Zahra. Luchan allí tres días, hasta que les es entregada una de las



Lápida hallada en Qsar-al-jilafa

puertas por su guardián. Los beréberes escalan la muralla, combaten con sus defensores y se apoderan de la ciudad violentamente, matando a todos los soldados que encuentran. Los habitantes de al-Zahra huyen unos al monte y otros se refugian en la aljama, donde son degollados por los beréberes, incluso las mujeres y los niños. Incendian la aljama, los alcázares y las viviendas, después de robar parte de sus riquezas (208) y se establecen allí durante las luchas con al-Mahdi (209). Cuando Sulayman consigue la victoria se instala con sus beréberes en al-Zahra y sus alrededores (210).

## 7. Destrucción y ruina

Después de la derrota de Aqabat al-baqar, se refugian en al-Zahra, de donde al-Mustain se dirige a Játiba y los beréberes huyen con sus familias, sus hijos y sus bienes (211) hacia la costa. Subió entonces la plebe de Córdoba a al-Zahra deseosa de vengarse de los beréberes. Se apoderaron de todo lo que encontraron de ellos y mataron a los que quedaban. Después volvieron a su saña y su codicia contra al-Zahra. Entraron en la aljama. Robaron sus alfombras y sus lámparas con las cadenas, los libros sagrados y las planchas metálicas que cubrían las puertas. Finalmente la incendiaron otra vez (212).

A pesar de todo esto no sucumbe al-Zahra' por completo. Ya dijimos que su destrucción no fué como la de al-Zahira, sino que poco a poco, entre el tiempo y la rapiña de la gente, va siendo despojada y arruinada. Don Emilio García Gómez, en su artículo «Algunas precisiones sobre la ruina de la Córdoba omeya» (213) nos va dejando cuenta detallada de los procesos de la ruina de Madinat al-Zahra'; de cómo, según noticias de Ibn Bassam, en tiempos de al-Mustakfi son arrancados el cobre de las puertas, el plomo de las tuberías y otros materiales; del asedio de Isma'II, hijo de al-Mu'tadid de Sevilla; del ruín Ibn Basa, que malbarató los preciosos materiales —mármoles, columnas, maderas riquísimas, cobre, hierro y plomo— de los palacios omeyas destruídos, etc., etc. Todavía en tiempo de al-Mu'tamid quedan en al-Zahra' restos que pueden provocar los celos de otros palacios y el placer de sus visitantes, aunque las construcciones ya estaban arruinadas (214).

Las invasiones de almorávides y almohades contribuyen aún más a su ruina. Como se dijo antes, Yaqúb al-Mansúr, a la vuelta de la batalla de Alarcos acampa en Córdoba y cuando sube a visitar a al-Zahra' manda quitar la estatua que había sobre su puerta (215).

Idrisí nos dice que ya en su tiempo, a principios del siglo XII, era solo una ruina en trance de desaparición (216). A finales de este siglo Ibn al-'Arabí recuerda unos versos compuestos cuando ya había sido destruída y estaba convertida en morada de aves y fieras:

En las márgenes de los anfiteatros hay unas casas que brillan, pero que no tienen habitantes y están en ruina, Las avejillas se lamentan en ellas por todas partes, callando unas veces y cantando otras. Me dirigí a un pajarillo que gorjeaba con tristeza en el corazón, atemorizado. «¿Por qué sollozas y te quejas?», le dije, y me contestó: «Por una época que se fué para no volver» (217).

Sigue en efecto arruinándose cada vez más hasta que, con los siglos, desaparecen casi por completo sus vestigios bajo la tierra del monte y su recuerdo de la memoria de la gente. Hay eruditos, como Ambrosio de Morales (218), que no la identifican, aunque casi todos los autores cordobeses desde el Renacimiento hasta nuestros días citan concretamente su emplazamiento; pero el Duque de Rivas dice que «El sitio que ocupó Medina Azahra es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las Cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que solo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la Vieja*» (219).

---

Hasta el año 1910, en el que empiezan las excavaciones, Madinat al-Zahra' no es más que un recuerdo y unas ondulaciones y montículos irregulares en el terreno de *Córdoba la Vieja*.

Desde entonces, y aunque de una manera demasiado lenta para lo que es de desear, va resurgiendo la ciudad construida por los califas cordobeses. Debajo de la tierra aparecen derrumbados los muros de sillares y rotas las piezas de mármol o de piedra talladas. Pero poco a poco van uniéndose los pedazos dispersos hasta completar las piezas, se elevan los muros y ya hay hasta un salón techado, que se levanta como un símbolo de pronta restauración total.

Antes de terminar quiero recordar otra anécdota del califa Abd al-Rahmán III con su *qádi* Mundir b. Sa'id (220).



Estando un día los dos en Madinat al-Zahra' el arraez Abú 'Utman b. Idrís recita a al-Násir una *qasida* elogiándolo por sus construcciones. El califa se siente halagado y emocionado. Pero el *qádi*, después de permanecer un rato en silencio, recita a su vez: (*sarí'*).

¡Oh edificador de al-Zahra',  
que estás perdiendo tu tiempo en ella!  
¿Por qué no vas despacio?

¡Por Alláh, qué hermoso sería su brillo  
si su flor no se marchitase!

Al-Násir le contesta: «Si sobre ella sopla la brisa del recuerdo y del cariño y la riegan lágrimas de ternura, no se marchitará».

Ya se cumplió la profecía de Mundir, marchitándose su fragancia, esperemos que también sean ciertas las palabras de al-Násir y que con cariño y recuerdo pueda lograrse que vuelva a brillar como una magnífica flor blanca y deslumbrante.

*Rosario Castejón Calderón.*

## NOTAS

- (1) *Analectes* I p. 346.
- (2) *Ibid.*, I p. 344 (par. 42).
- (3) *Ibid.*, I p. 372 (par. 80). *Azhar al-Riyad*, II, p. 267. (par. 18).
- (4) *Analectes* I, 411-412. (par. 121). Huici Miranda. *Los Almohades*, I pp. 158 s.
- (5) *Analectes* I pp. 96, 234, 246, 372-373 (par. 5,54 y ss., 82-83, 87, ss.).
- (6) *Ibid.*, I p. 370 (par. 70 y ss.).
- (7) *Ibid.*, I p. 97, 378-379. (par. 1 y 109).
- (8) *Ibid.*, I p. 241, 298. (par. 34).
- (9) *Analectes sur l'histoire et la littérature des Arabes d'Espagne*, par al-Makkari, publié par Dozy, Dugat, Krehl y Wright.-Leyden.-Brill.- 1855-1861., 2 vols.
- (10) *Nafb al-Tib.*-Cairo, 1885.
- (11) *Azhar al-Riyad.*-Cairo, 1942.-Tomo II pp. 259, 261, 265, 269, 271, 277 y 279, tomo III p. 149.
- (12) *Al-Mugrib fi hulá al-magrib*, de Ibn Sa id al-Magribi. Ed. por el Dr. Sawqi Dayf en la colección Daja 'ir al-arab. X Cairo, 1953, pp. 173-187.
- (13) *Ibid.*, pp. 175-176. (Ver par. 6 y nota).
- (14) *Analectes* I p. 380 (par. 155). Ibn Jaldun IV p. 144 (par. 4).
- (15) *Analectes* I p. 374. (par. 102). *Azhar* II, p. 277 (par. 40). Nubahi p. 66. (par. 1). *Matmah* p. 45 (par. 2).
- (16) *Analectes* I p. 375. (par. 103). *Azhar* II p. 277 (par. 41). Nubahi p. 66 (par. 2). *Matmah* p. 45 (par. 3).
- (17) *Analectes* I p. 378. Ibn Sa id. p. 175.
- (18) *Analectes* I 344. (par. 37).
- (19) Ibn Sa id, p. 174. (par. 1). Himyari, p. 95 (par. 1).
- (20) Nuwayri I p. 62 (par. 2) Ibn Sa id. p. 174 (par. 1).
- (21) *Analectes* I p. 344. (par. 38).
- (22) Idrisi p. 212 (par. 2).
- (23) Himyari p. 95 (par. 2).
- (24) *Extraits inédits* p. 108.
- (25) Ibn Jallikan II pp. 38 y s. (par. 5). *Analectes* I, 344 (par. 47).
- (26) Nuwayri I. p. 62 (par. 3).

- (27) *Analectes*. I p. 344 (par. 38).
- (28) Idrisi, p. 174 (par. 1).
- (29) *Analectes* I p. 346 (par. 54); p. 373 (par. 88).
- (30) Ibn al-Jatib p. 43 (par. 1). Idari II p. 225 (par. 1). p. 246 (par. 10).
- Ibn Jallikan II pp. 38 y s. (par. 4). *Analectes* I, p. 344 (par. 46).
- (31) *Extras in dits* p. 137.
- (32) *Analectes* I p. 371 (par. 78) p. 374 (par. 101) *Azbar* II. p. 267 (par. 16), p. 271 (par. 39).
- (33) *Analectes* I p. 370 (par. 71), *Azbar* II p. 265 (par. 9).
- (34) Nuwayri I, p. 62 (par. 8).
- (35) *Analectes* I, 374 (par. 97); *Azbar* II p. 271 (par. 35). Idari II p. 247 (par. 16).
- (36) *Analectes* I. p. 373 (par. 88), *Azbar* II. p. 269 (par. 26).
- (37) Ocaña Jiménez, Manuel. *Capitales epigrafadas de Madinat al-Zabra*, I Al-Andalus IV. 1936) pp. 158-168. *Inscripciones árabes descubiertas en Madinat al-Zabra*, en 1944. (Apendice a *Nuevas excavaciones en Madinat al-Zabra: el salon de Abd al-Rabman III*, por Rafael Castiñón. Al-Andalus, X 1945. pp. 154-159.-*Obras de Al-Hakam II en Madinat al-Zabra*. (Al-An-dalus) VI 1941 pp. 157-168.
- (38) *Analectes* I p. 380 (par. 113). Ibn Jaldun IV p. 143 (par. 2).
- (39) *Analectes* I p. 373 (par. 94), *Azbar* II p. 270 (par. 32). Idari II p. 246 (par. 12).
- (40) *Historia de los mozarabes de España...* por D. Francisco Javier Si-monet... Madrid, 1897-1903. (Capítulo XXX: del Obispo Ilibertiano Rece-mundo, p. 611-612.
- (41) Idari II p. 247 (par. 15). Ibn al-Jatib. p. 43 (par. 5).
- (42) *Analectes* I p. 373 (par. 96). *Azbar* II p. 270 (par. 34).
- (43) *Analectes* I p. 346 (par. 58).
- (44) Ibn al-Jatib p. 44 (par. 6).
- (45) *Analectes* I p. 346 (par. 52).
- (46) *Analectes* I p. 370 (par. 70).
- (47) *Azbar* II p. 265 (par. 8).
- (48) Nuwayri I, p. 61 (par. 1).
- (49) *Analectes* I p. 345 (par. 51).
- (50) Idari II p. 246 (par. 11). p. 225 (par. 2). Ibn al-Jatib. p. 43 (par. 2).
- Analectes* I p. 346 (par. 53). p. 373 (par. 89), *Azbar* II p. 269 (par. 27).
- (51) *Analectes* I p. 373 (par. 91). *Azhar* II p. 269 (par. 27).
- (52) *Analectes* I p. 346 (par. 63).
- (53) Idari II p. 246 (par. 12). Ibn al-Jatib p. 43 (par. 3).



- (54) *Analectes* I p. 346 (par. 57), p. 373 (par. 94 y 95). *Azbar* II p. 270 (par. 32 y 33).
- (55) *Analectes* I p. 371 (par. 74). *Azbar* II p. 266 (par. 12).
- (56) Ibn Jallikan II pp. 38 y s. (par. 7). Véase *Nafb al-Tib* variante de la ed. de El Cairo, en *Analectes* p. 344 (par. 49).
- (57) Ibn al-Jatib pag 43 (par. 4).
- (58) *Analectes* I p. 372 (par. 82 y 84).
- (59) *Analectes* I p. 372 (par. 82) p. 373 (par. 95). *Azbar* II p. 268 (par. 20), p. 270 (par. 33). *'Idari* II p. 246 (par. 14).
- (60) *Analectes* I p. 346 (par. 59), p. 372 (par. 81). *Azbar* II p. 268 (par. 19). Nuwayri I p. 62 (par. 5).
- (61) *Analectes* I p. 346 (par. 59); p. 372 (par. 81). *Azbar* II p. 268 (par. 19). Nuwayri I p. 62 (par. 5).
- (62) *Analectes* I p. 346 (par. 61); *Extraits inédits* p. 137.
- (63) *Analectes* I p. 344 (par. 49) p. 372 (par. 83); *Azbar* II p. 268 (par. 21).
- (64) *'Idari* II, 95 (par. 33); p. 107 (par. 36).
- (65) Ibn al-Jatib p. 44 (par. 9). *Analectes* I p. 346 (par. 59) pp. 377 y ss. (par. 106 y 107), *Azbar* II pp. 268 y s. (par. 44 y 45).
- (66) *Analectes* I p. 372 (par. 81). *Azbar* II 268 (par. 19). Ibn al-Atir VIII, p. 223 (par. 1).
- (67) *Analectes* I pp. 373 y s. (par. 96). *Azbar* II pp. 270 y s. (par. 34). Ibn al-Jatib p. 44 (par. 6).
- (68) *Analectes* I p. 346 (par. 60 y 62). Nuwayri I p. 62 (par. 5). *Extrait inédits* p. 137.
- (69) Quran, XLIII, 32-34; XXVI, 128-136; IX, 110-112.
- (70) *Analectes* I p. 375 (par. 103 y ss.) *Azbar* II p. 279 y s. (par. 41 y ss.) Nubahi p. 66 (p. 2); p. 71 (par. 3 y ss.) *Matmah* p. 45 (par. 3 y 4). p. 51 (par. 7 y ss.) Ibn Said. p. 174 (par. 3 y 4); p. 178 (par. 8). Nuwayri I; p. 62 (par. 6 y 7). Ibn al-Atir VIII. p. 223 (par. 1). Ibn al-Jatib p. 44 (par. 10 y 11).
- (71) *Analectes* I. p. 374 (par. 100). *Azbar* II p. 271 (par. 38).
- (72) *Analectes* I. p. 373 (par. 93). *Azbar* II 269 (par. 93).
- (73) *'Idari* II p. 246 (par. 9).
- (74) *Analectes* I, p. 344 (par. 50). Ibn Jallikan II, pp. 38 y s. (par. 8). *'Idari* II p. 247 (par. 18). Ibn al-Jatib p. 43 par. 8).
- (75) *Analectes* I p. 346 (par. 56); p. 373 (par. 94). *Azbar* II p. 270 (par. 32).
- (76) *'Idari* II, p. 246 (par. 13).
- (77) *Analectes* I, p. 380 (par. 115). Ibn Jaldun IV, p. 144 (par. 4).

- (78) *Analectes* I, p. 372 (par. 80). *Azbar* II, p. 267 (par. 18).  
 (78 bis) Esta medida en centímetros es la que corresponde a los codos con que están medidas las dimensiones de la Mezquita de Córdoba.  
 (79) Excavaciones en Medina Azahara .. Memoria de los trabajos realizados por la comisión... D. Rafael Jiménez, D. Rafael Castejón, D. Félix Hernández Jiménez, D. Ezequiel Ruiz Martínez y D. Joaquín María de Navacué. Madrid 1924.  
 (80) *Analectes* I, p. 346 (par. 55).  
 (81) Ver apéndice.  
 (82) Idrisi, p. 212 (par. 2). Himyari, p. 95 (par. 2). Nuwayri I, p. 62 (par. 4). *Extraits inédits* p. 108.  
 (83) *Analectes* I, p. 253 (par. 24).  
 (84) Ver Glosario.  
 (85) *Analectes* I, p. 344 (par. 40).  
 (86) *Anónimo de Madrid y Copenhague*. Texto árabe y traducción por A. Huici. Valencia. 1919.  
 (87) Huici Miranda. *Los Almohades* I, pp. 158-159.  
 (88) *Anónimo de Madrid y Copenhague*. Texto p. 60; trad. p. 64.  
 (89) *Analectes* I, p. 369 (par. 67).  
 (90) *Analectes* I, pp. 370 y s. (par. 70 y ss.) *Azbar* II, pp. 265 y s. (par. 8 y ss).  
 (91) *Analectes* I, p. 232 (par. 4).  
 (91 bis) Nuwayri I, p. 62 (par. 5).  
 (92) *Azbar* II, p. 261 (par. 4).  
 (93) Ver en el Glosario.  
 (94) *Analectes* I, p. 346 (par. 59 y ss.)  
 (95) Ver en el Glosario  
 (96) Ver en el Glosario.  
 (97) *Extraits inédits* p. 137.  
 (98) Ibn al Atir VIII, p. 223 (par. 1).  
 (99) Ibn Said, p. 175 (par. 4).  
 (100) *Analectes* I, p. 378 (par. 109).  
 (101) *Matmah* p. 5 (par. 7)  
 (102) Ibn al Jatib. p. 44 (par. 9).  
 (103) Nubahi, p. 71 (par. 3).  
 (104) *Analectes* I, p. 377 (par. 106). *Azbar* II, pp. 280 y s. (par. 44).  
 (105) *Analectes* I, p. 251 (par. 11).  
 (106) *Estudios Críticos*, p. 187.  
 (107) *Analectes* I, p. 253 (par. 25).  
 (108) *Ibid* I 254 (par. 31).

- (109) *Estudios Críticos*, p. 199
- (109 bis) *Al-Hakam II y los Beréberes*. Según un texto inédito de Ibn Hayyan. Emilio García Gómez. *Al-Andalus*, XIII 1948, p. 221.
- (110) *Analectes I*, p. 254 (par. 30).
- (111) *Analectes I*, p. 252 (par. 21). *Estudios Críticos* pp. 189-190.
- (112) *Analectes I* p. 374 (par. 96). *Azhar II* p. 270 (par. 34). Ibn al-Jatib, p. 44 (par. 6). *Idari*, p. 247 (par. 15).
- (113) *Analectes I* p. 346 (par. 58).
- (114) *Ibid I* 374 (par. 96).
- (115) *Azhar II*, p. 270 (par. 34).
- (116) *Analectes I*, p. 346 (par. 258).
- (117) *'Idari II*, p. 247 (par. 13).
- (118) Ibn al-Jatib p. 44 (par. 6).
- (119) *Analectes I*, p. 251 (par. 13).
- (120) *Analectes I*, p. 252 (par. 21). p. 254 (par. 30).
- (120 bis) *Ibid I*, p. 372 (par. 81). *Azhar II*, p. 268 (par. 19).
- (121) *Azhar II* p. 261 (par. 5). Ibn Jaldun IV, p. 144 (par. 6). *Analectes I*, p. 380 (par. 117).
- (122) *Azhar II*, p. 261 (par. 5). *'Idari II*, p. 230 (par. 5).
- (123) *'Idari II* p. 247 (par. 19).
- (124) *Takmila* núm. 343. Faradi, núm. 1.230. José Antonio Conde.—*Historia de la dominación de los árabes en España*.—Madrid. 1874. p. 118.
- (124 bis) *Analectes I*, p. 373 (par. 92). *Azhar II*, p. 269. (par. 30).
- (125) *'Idari II*, p. 287 (par. 27); p. 288 (par. 28). *Analectes I*, p. 395 (par. 120); II, pp. 62 y s. (par. 122) Faradi. pp. 300 y s.
- (126) *Idrisi*, p. 212 (par. 2).
- (127) *Himyari*, p. 95 (par. 2).
- (128) *Extraits inédits* p. 108.
- (129) *Analectes I*, p. 346 (par. 66).
- (130) *Nuwayri I*. p. 62 (par. 4).
- (131) *Matmah*, p. 50 (par. 5 y 6).
- (132) *Analectes I*, p. 374 (par. 98). *Azhar II*, p. 271 (par. 36). *'Idari II*, p. 247 (par. 17).
- (133) *Analectes I*, p. 373 (par. 86). Ibn al-Jatib, p. 44 (par. 7).
- (134) *Nuwayri I*, p. 63 (par. 12 y 13).
- (135) *'Idari II* p. 230 (par. 5).
- (136) *Analectes I*, p. 251 (par. 18).
- (137) *Ibid.*, I p. 344 (par. 42).
- (138) Ibn Said, p. 174 (par. 2).
- (139) *Analectes I*, p. 298 (par. 34).



- (140) *Analectes* I, p. 383 (par. 118).
- (141) Dimisqi, p. 39 (par. 1); p. 242 (par. 2).
- (142) *Extraits Inédits*. p. 57.
- (143) *Analectes* I, pp. 320 y s. (par. 35).
- (144) Ibn Sa'id, p. 176 (par. 7).
- (145) Nuwayri I, p. 62 (par. 4)
- (146) *Analectes* I p. 372 (par. 85). *Azbar* II, p. 268 (par. 23).
- (147) *Analectes* I p. 373 (par. 86) *Azbar* II, p. 269 (par. 24). Ibn al-Jatib, p. 47 (par. 12). 'Idari II, p. 247 (par. 20).
- (148) *Analectes* I, p. 373 (par. 86) *Azbar* II, p. 269 (par. 24).
- (149) *Analectes* I p. 372 (par. 85). *Azbar* II, pp. 268 y s. (par. 23 y 24).
- (150) 'Idari II, p. 247 (par. 20).
- (151) Ibn al-Jatib. p. 47 (par. 12).
- (152) De una nota que me ha proporcionado el Sr. Perpiñá, de la *Risala*, de Ibn Rusayd, ms. Escorial. núm. 1776, fol. 72 b.
- (153) Ibn al-Jatib p. 47 (par. 20)
- (154) Peso que varía según los países.
- (155) *Analectes*. I p. 37<sup>c</sup> (par. 85); p. 373 (par. 87). *Azbar* II, p. 269 (par. 23 y 25). Nota citada anteriormente de la *Risala*, de Ibn Rusayd, ms. Escorial núm. 1776, fol. 72 b. 'Idari II, p. 247 (par. 21).
- (156) 'Idari II, p. 251 (par. 22).
- (157) Ibn al-Jatib, p. 118 (par. 13).
- (158) *Analectes* I, p. 384 (par. 119).
- (159) *Ibid.* I, p. 343 (par. 7).
- (160) *Ibid.* I, pp. 377 y ss. (par. 107 y 109). *Azbar* II, pp. 280 y ss. (par. 45). Nubahi, p. 72 (par. 4). *Matmah*, p. 51 (par. 8).
- (161) *Analectes* I, p. 250 s. (par. 8 y ss)
- (162) 'Idari II, p. 228 (par. 3).
- (163) *Ibid.* II, p. 231, 298. (par. 6).
- (164) *Ibid.* II, pp. 236 y s. (par. 8).
- (165) *Analectes* I, p. 236 (par. 5).
- (166) Gayangos II, p. 141.
- (167) *Azbar* II, pp. 260 y s. (par. 1 y ss)
- (168) *Analectes* I, p. 253 (par. 25). Cf. Sampiro c. 26 poema de Dunas b. Labrat y Menahem b. Saruk *apud* Luzatto. *Noticia etc.*, pp. 24-25 y 29 31.
- (169) Ibn al-Arabi, p. 195 (par. 1).
- (170) *Analectes* I, pp. 252 y ss. (par. 20 y ss.)
- (171) 'Idari II, p. 255 (par. 26).

- (172) *Estudios críticos*, pp. 183 y ss.
- (173) *Analectes* I, p. 396 (par. 67 y 68). *Idari* II, p. 253 (par. 24).
- (174) *Analectes* I, pp. 371 y s. (par. 79). *Azbar* II, p. 267 (par. 17).
- (175) *Analectes* I, p. 241 (par. 6). *Matmob*, p. 45 (par. 1).
- (176) Historia de los jueces de Córdoba, por Al Joxani. Texto árabe y traducción española por Julián Ribera. Centro de Estudios Históricos. Madrid. 1914. p. 206. *Faradi* II, núm. 1452. *Nubahi*, pp. 66-75'
- (177) *Faradi*, pp. 383 y s. núm. 1357.
- (178) *Faradi* núm. 1335, p. 378.
- (179) *Sila* núm. 1397, pp. 622 y ss.
- (180) *Sila* núm. 1439, p. 644.
- (181) *Sila* núm. 1037, p. 472 y s. *Dabbi* núm. 261, p. 114.
- (182) *Idari* II, p. 230 (par. 4); 251 (par. 23); 254 (par. 25).
- (183) *Sila* núm. 1327, p. 595. *Fahraza*, p. 325.
- (184) *Dabbi* núm. 510, p. 205. *Faradi* núm. 47, p. 21.
- (185) *Estudios críticos*, p. 183.
- (186) *Ibid.*, p. 187.
- (187) *Faradi*, núm. 1256, p. 349 y s.
- (188) *Estudios críticos*, p. 199.
- (188 bis) José Antonio Conde, *Historia de la dominación de los árabes en España*. Madrid. 1874. p. 118.
- (189) *Takmila*, núm. 343 p. 101.
- 190) Sa'id de Toledo 80-81 (Trad. Cheikho, p. 146). Apéndices *Takmila* núm. 2220 p. 175.
- (191) *Faradí*, núm. 875 p. 244.
- (192) *Faradí*, núm. 855 p. 240. *Fabrasa* p. 358.
- (193) *Faradí*, núm. 1243, p. 352
- (194) *Sila* núm. 857 p. 391 y s. *Dabbi*, p. 395 núm. 1166.
- (195) *Faradí*, núm. 705, p. 192 y s.
- (196) *Tokmila*, núm. 1424, p. 502.
- (197) *Sila*, núm. 326. p. 144. *Nu'yam*. núm. 67, p. 77. *Azbár* III, p. 149.
- (198) *Apéndice Takmila*, núm. 2576, p. 298.
- (199) Sa'id de Toledo, p. 70. *Sila*, núm. 881. *Ibn Abí Usaybi'a* II, p. 40. *Apéndice Takmila*, 2268, p. 192. *Dabbi*, núm. 1220 p. 410.
- (200) *Dabbi*, núm. 715, p. 271. *Ibn Abí Usaybi'a* II, p. 32.
- (201) *Analectes* I, p. 395 (par. 120); II, p. 62 y s. (par. 122). *Idari* II, p. 287; (par. 27); p. 288 (par. 28)
- (202) *Faradí* núm. 1075, pp. 300 y s.
- (203) *Analectes* I, p. 380.

- (204) Nuwayrî I, p. 66 (par. 14). 'Idarî III, p. 42 (par. 30).  
 (205) Nuwayrî I, p. 67 (par. 15).  
 (206) *Analectes* I, p. 379 (par. 110).  
 (207) *Ibid* I, p. 191 (par. 3); p. 379 (par. 111).  
 (208) Ibn al-Atîr IX, p. 75 (par. 2).  
 (209) Ibn al-Jatib, p. 136 (par. 15). 'Idarî III, p. 92 (par. 31).  
 (210) Ibn al-Jatib, p. 139 (par. 16). 'Idarî III, p. 113 (par. 37).  
 (211) Ibn al-Jatib, p. 133 (par. 14). 'Idarî III, p. 95 (par. 32). *Apéndice Takmila*, p. 176.  
 (212) 'Idarî III, p. 95 (par. 33); p. 107 (par. 36).  
 (213) *Al-Andalus*, XII 1947.  
 (214) 'Idarî III, p. 248 (par. 38).  
 (215) Huici Miranda. *Almohades* I, pp. 158 y s.  
 (216) Idrisi, p. 212 (par. 2); trad. pp. 262 y s.  
 (217) Ibn al-Arabî I, 106. *Analectes* I, p. 344 (par. 36) trad. de D Emilio García Gómez, en el citado artículo.  
 (218) Véase apéndice.  
 (219) Obras completas de D. Angel de Saavedra... tomo primero. Barcelona, 1884, p. 253, nota 23.  
 (220) *Analectes* I, p. 377.

